



Almas lejanas

Por Samantha Martínez Aguirre

Han pasado varios meses desde que mi rutina se modificó completamente. Ha sido un largo tiempo de encierro; sin embargo, muy poco, comparado con lo mucho que he aprendido. He pensado en lo difícil que puede ser para alguien la imposibilidad de disfrutar la vida en toda su extensión, por ello he valorado ser libre.

Nunca me había faltado tanto una plática con mis amigos ni había extrañado a una persona de la manera en que supe hacerlo durante esta pandemia. Mi casa estaba tan callada que se sentía vacía, quizá, la confundía conmigo misma. Así está siempre, solo que el encierro y cierta ausencia me han llevado a sentirla de esta manera en las madrugadas, a escucharla y a desperdiciar mis horas de sueño mirando el techo, pensando mil cosas. En el día, las cobijas suelen quedarse medio destendidas; pero, por las noches, he aprendido a envolverme muy bien en ellas como si fueran un alma, como si estuviera uniendo mi ser a otro, simulaciones de abrazos tan fuertes que, de tanto imaginar, llego a sentir palpitaciones. Así, en mis frías cobijas se reflejan las presencias y las faltas.

Con las cortinas en movimiento por una ligera corriente de aire, pienso en lo mucho y en lo poco que sé en estos momentos y en todo lo que me falta por recorrer, pese a adentrarme en mi espíritu. Tener más tiempo para

mí me hace notar con intensidad lo que soy.

Ahora me encuentro en los números y letras que utilizo a diario. Soy lo que hago, digo y siento. Soy el suelo que piso, una base, algo recto que sostiene con firmeza sus metas y sueños. Soy las puertas que abro día a día cuando busco ser mejor persona. Soy voces que rumorán, sonidos finos, y el eco me repite diariamente “tú puedes”. Soy los movimientos que hago al avanzar, la respiración de mi alma y los colores de mi ser. Soy el sentimiento de desmoronamiento y reconstrucción en un mismo instante.

Soy la persona que deseo, y me enorgullezco de lo logrado. Soy una brisa de felicidad y entusiasmo y una tormenta de solidaridad y apoyo. Soy el viento que arrastra las horas, que hace que los días se terminen tan rápido. Soy los silbidos de un pájaro alegre disfrutando de la vida. Soy el lápiz que escribe mi historia, la goma que va borrando mis errores. Soy los niños del ayer y del mañana. Soy aquella ventana que siempre permanecerá abierta para cualquier persona, y una persiana que nunca se cerrará ante las posibilidades de vivir.

Me he dicho gritos quién soy, pero voy bajando la voz, porque he entendido que soy constructora de mi propio ser, y me ha quedado a la medida. Y, como ese ser de complejos y virtudes,

de dolencias y satisfacciones, como mujer sensible, lo que más he hecho ha sido extrañar, llorar y pedirle a Dios, cualquiera que sea, el bienestar de toda la gente.

El tiempo comenzó a volverse tortura, porque, en compañía, se acaba tan pronto y, sin alguien, se vuelve eternidad. Pasé horas deseando poder salir y las cuatro paredes de mi recámara burlaban con la realidad mis anhelos. Jugué entonces con palabras, con ideas y con mis pensamientos. Pero, después de todo, conocí el amor a otros, experimenté la felicidad y he podido, con estos sentimientos que me inundan, escribir textos sinceros, completos y llenos de quienes amo. No sabía que podían brotar de mí, es una forma preciosa de expresión. Me resulta difícil organizar mi tiempo, aunque durante las noches me concentro mejor.

En esta temporada conocí música, leí nuevos textos y eso amplió mi perspectiva del mundo. Sé que el color favorito de mi madre es el amarillo y que disfruta mucho la pintura, y cuando yo intenté involucrarme en ese arte reafirmé que cada quien está hecho para cosas distintas. Me agradan las clases que imparte mi padre, y confieso que lo escucho sin que se dé cuenta, para no interrumpirlo. Descubrí que mi hermano pasa horas armando y desarmando objetos, pero, sobre todo, que disfruta bastante la





Ilustración: Gerardo Mercado

soledad, o, más bien, su propia compañía; eso lo hace feliz, pero todavía no lo comprendo, aunque también me alegro por él. Soy afortunada porque he tenido la posibilidad de comer y gozar de un buen hogar.

Con el aburrimiento, notamos tantos defectos como queramos encontrarle a algo, por lo menos, eso sucedió con la construcción de mi casa y fue motivo para hacerle arreglos, o que manifiesto mi estrés o mi angustia comiendo, un pan con chocolate me hace sentir muy bien.

No obstante, han sido más las repercusiones positivas que negativas. A pesar de que la pandemia me ha sacado muchas lágrimas, como el enfrentar una pérdida, una primera muerte. Cuando los ojos de mi abuela se fueron perdiendo y su cuerpo co-

menzó a enfriarse, mi alma también empezó a vaciarse, en ese instante supe del respeto hacia la muerte, reconociendo que, a fin de cuentas, sabe más que todos nosotros. Con mi abuela entre mis brazos, entendí que, por más sabiduría, por más bondad, por más ganas de vivir que uno pueda tener, hay algo que nos sobrepasa por todos y cada uno de los deseos que podamos tener.

Con los ojos cerrados y la mente tan tranquila, anhelé que fuera real eso

que la religión tanto ha difundido: uno no vive hasta que muere. Lo cierto es que, cuando se ama a alguien, no es posible que se vaya de nuestro lado, incluso cuando ya nos ha dejado. Ahora puedo hallar a las personas en las flores, en los atardeceres, en la noche.

He aprendido mucho a través de otros. Y hoy, más que nunca, la escritura me ha servido para sobrevivir a la ausencia que nos dejan aquellos a los que tanto amamos. 



Samantha Martínez Aguirre es estudiante de la Licenciatura en Médico Cirujano de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma del Estado de México.

